

LIDERAR CON CORAZÓN E INSPIRACIÓN

Sheily Viviana Montañez

Yo vivía con mi familia en una vereda que quedaba muy lejos de la ciudad. Para poder salir, teníamos que cruzar siempre un puente, pero ese puente ya estaba muy viejo y todo dañado.

Un día íbamos a salir para la ciudad y justo delante de nosotros, el puente colapsó. Se escuchó un ruido muy fuerte y feo. Quedamos sin salida para ir a la ciudad.



Entonces, el alcalde nos reunió a todos y nos dijo que si queríamos volver a salir teníamos que construir entre todos el puente de nuevo, pero necesitábamos a alguien que dirigiera todo.

Ahí empezó todo el problema, era que varios querían mandar, y todos hablaban al mismo tiempo y cada uno decía una idea diferente, pero en realidad nadie escuchaba al otro. Yo solo veían como discutían.



Yo me sentía con rabia y a la vez con miedo, porque sentía que no íbamos a solucionar nada, me alejé un rato por ahí, me encontré a Alonso, un muchacho que vivía en la vereda. El me dijo que también quería ayudar a liderar, pero sentía que no podía, que tenía como un nudo en el pecho y muchos nervios.

Yo le dije que a mí también me pasaba, que estaba agobiada o, mejor dicho, estresada, pero que, si no nos calmábamos primero nosotros, no íbamos a lograr calmar a los demás. Le dije que confiara en él.



Entonces Alonso me dijo: "¿Y si lo hacemos entre los dos? y a mí me pareció muy buena la idea, porque dos piensan mejor que uno.
Yo le dije que a mí también me pasaba, que estaba agobiada o, mejor dicho, estresada, pero que, si no nos calmábamos primero nosotros, no íbamos a lograr calmar a los demás. Le dije que confiara en él.

Nosotros no solo queríamos hablar, nosotros queríamos ayudar, ya habíamos averiguado, o sea indagado que materiales teníamos y preguntado a los señores mayores que sabían que hacer, y teníamos un plan más o menos.

Fuimos donde el alcalde a contarle. Él nos dijo que teníamos que presentarle la idea a toda la comunidad a ver si estaban de acuerdo.

Cuando nos tocó hablar frente a todos, me estaba temblando la voz, lo juro. Pero me tomé mi tiempo, me tranquilicé y seguimos explicando que no íbamos a mandar sino a organizarnos. Que cada quien haría lo que mejor sabían hacer.



Algunas personas no estuvieron de acuerdo porque decían que, “los jóvenes no servían para nada”, nosotros le explicamos nuevamente que no pensábamos mandar sino organizar.

Que cada quien iba a hacer lo que mejor sabía.



A la gente le gustó eso, porque al fin alguien los estaba escuchando. Y así nos pusimos a trabajar. No fue que repartimos cosas a lo loco, sino que nos dividimos por grupos. Don Efrain, que sabía de madera, la llevó. Las señoras hicieron la olla comunitaria para todos y nosotros los jóvenes, ayudamos a amarrar las guayas y a cargar.

Al final, el puente quedó mejor que antes, pero lo más importante fue que la vereda se volvió a unir. Entendí que ser líder no es gritar duro sino escuchar y organizarse mucho mejor.